

“¿Dónde estabas tú—le dice—cuando yo echaba los cimientos de la tierra? ¿Sabes quién tiró sus medidas ó quién extendió sobre ella su primera cuerda?..... ¿Quién puso diques al mar, cuando se derramaba por fuera, como quien sale del seno de su madre?.... Encerréle dentro de los límites fijados por mí, y dije: *hasta aquí llegarás, y no pasarás más adelante; y aquí quebrantarás tus hinchadas olas*..... ¿Eres tú acaso el que haces aparecer á su tiempo el lucero de la mañana, ó resplandecer el de la tarde sobre los habitantes de la tierra?....”

Job, sorprendido y admirado, cierra los ojos y se confiesa culpable. “Yo que he hablado tan inconsideradamente—exclama—¿qué es lo que puedo responder? Nada. Cerraré mi boca con mi mano..... Me acuso á mí mismo, y hago penitencia envuelto en polvo y ceniza.”

Y el poema acaba con esta confesion sincera, con esta humildad edificante, con este arrepentimiento sublime..... La prueba concluye, y Job recibe el premio de *las tribulaciones que el Señor le había mandado*.

¿Hay por ventura en algun libro humano este maravilloso lenguaje? El pensamiento y la imaginacion más privilegiadas ¿han podido elevarse alguna vez hasta las regiones en que vaga el espíritu de Job? ¿Qué pecho ha lanzado nunca aquellas quejas ni cantado las magnificencias del universo, como lo ha hecho él solo?....

V

La Biblia, como todo lo que tiene un indeleble sello de grandeza, ha sido impugnada y combatida en todos tiempos por los enemigos del Cristianismo; pero ante ellos puede colocarse tambien una brillante pléyade de defensores y apologistas, que siempre la han sacado triunfante del exámen á que tantas veces ha sido sometida. Los Santos Padres, los filósofos y los sabios, y en nuestros días todas las ciencias, han apoyado cuantas verdades se contienen en el Antiguo Testamento. Y en cuanto al Nuevo, es tan puro y brillante el resplandor de su divino lenguaje, de tal conviccion y consuelo se llena el alma al leerlo, que los mayores incrédulos jamás se han atrevido á dudar de su autenticidad. Un insigne y sábio eclesiástico francés, Mr. Gainet, cura de Cormontreuil y miembro de la Academia de Reims, ha escrito y publicado *LA BIBLIA SIN LA BIBLIA*, obra notabilísima y tal vez única en su género hasta hoy, en la cual está la historia de las Santas Escrituras, segun aparece de *testimonios únicamente profanos*. Causa admiracion ver la multitud y diversidad de autores consultados para elaborar esta obra magna: forma una biblioteca. Los comentadores de todas las edades, los Santos Padres, los poetas y escritores de las antiguas literaturas latina y griega, los historiadores, astrónomos y geólogos, hablan allí en ordenado concierto, para asegurar el respeto, la veneracion y autoridad de que está rodeada la Biblia: no es po-

sible defender la verdad con mayor acierto y lucimiento.

Entre los apologistas más ardientes que ha tenido el Evangelio, se cuenta á Juan Jacobo Rousseau, el filósofo revolucionario y enemigo implacable del catolicismo. Hé aquí sus palabras:

“Confieso que la majestad de las Escrituras me admira, y la santidad del Evangelio habla á mi corazón. ¡Ved cuán pequeños son al lado de este gran Libro, los libros de los filósofos con toda su pompa! ¿Puede un libro, á la vez tan sublime y tan sencillo, ser obra de los hombres? ¿Y puede ser que el héroe de esta historia no sea más que un hombre? ¿Es este el tono de un entusiasta ó de un ambicioso sectario? ¡Qué dulzura, qué pureza en sus costumbres; qué gracia tan encantadora en sus instrucciones, qué elevacion en sus máximas, qué profunda sabiduría en sus discursos, qué presencia de espíritu, delicadeza y exactitud en sus respuestas; qué imperio sobre sus pasiones!

“¿Dónde está el hombre, dónde el sabio que sepa obrar, sufrir y morir sin ostentacion? Cuando Platon en su *República*, pinta á su justo imaginario cubierto de todo el oprobio del crimen y digno de todos los galardones de la virtud, retrata rasgo por rasgo á Jesucristo. Es tan viva la semejanza, que todos los Padres la han advertido, y es imposible engañarse acerca de su original. Y sin embargo, ¡cuánta preocupacion, cuánta ceguera se requieren para atreverse á comparar al hijo de Sofronisca con el Hijo de María!—Sócrates, muriendo sin dolor, sin ignominia, sos-

tiene sin dificultad hasta el fin su papel de gran personaje, y si esta fácil muerte no hubiera honrado su vida, se dudaría si Sócrates con toda su grandeza de ánimo fué algo más que un sofista. ¿Diráse que inventó la moral? Otros, ántes que él, la habían practicado, porque no hizo más que decir lo que aquellos habían hecho, y reducir á lecciones sus ejemplos. Aristides fué justo ántes que Sócrates dijese qué era la justicia; Leonidas había sucumbido por su país ántes que Sócrates proclamase como un deber el amor á la patria; Esparta era sóbria ántes que Sócrates elogiase la sobriedad, y ántes que él hubiese definido la virtud Grecia abundaba en hombres virtuosos. Mas ¿en dónde aprendió Jesus entre los judíos la moral pura y elevada de que sólo él se mostró maestro y dechado? Del seno del más furioso fanatismo elevóse la más encumbrada sabiduría, y la sencillez de las virtudes más heróicas honró el más abyecto de los pueblos. La muerte de Sócrates, filosofando tranquilamente con sus amigos, es la más suave que se puede desear; la de Jesus, espirando entre tormentos, injuriado, beñado y maldito de todo un pueblo, es la más horrible que se puede temer. Sócrates, tomando la copa envenenada, bendice al que se la presenta llorando. Jesus, en medio de un espantoso suplicio, ruega por sus encarnizados enemigos. En verdad, si la vida y la muerte de Sócrates son de un sabio, la vida y la muerte de Jesus son de un Dios.—¿Diríase que la historia del Evangelio es inventada al capricho? No se inventa así por cierto, y los hechos de Sócrates, de los que nadie du-

da, están ménos atestiguados que los de Jesucristo. En el fondo, esto es esquivar la dificultad y no destruirla; sería aún más inconcebible que muchos hombres de comun acuerdo hubiesen forjado tal libro, que el pensar que un solo hombre haya dado materia para formarle. Nunca autores judíos hubieran encontrado aquel tono y aquella moral; y el Evangelio tiene caracteres de verdad tan evidentes y tan perfectamente inimitables, que el inventor sería más asombroso que el héroe.”

Chateaubriand se expresa así:

“Es sin duda alguna un cuerpo de obra bien singular el que principia por el Génesis y termina por el Apocalípsis; el que empieza á darse á conocer con el estilo más claro y sencillo y acaba con el tono más figurado. ¿Se podrá dudar que todo es grande y sencillo en Moisés, como aquella creacion del mundo y aquella inocencia de los hombres primitivos que nos pinta? ¿Se dudará tampoco que todo es horrible y fuera del órden natural en el último profeta, como aquellas sociedades corrompidas y aquel fin del mundo que nos representa?—¡Cosa prodigiosa! Veinte autores de edades y épocas tan remotas han trabajado en los Libros Santos; y sin embargo de haber escrito en veinte estilos distintos siempre han sido inimitables, y no se halla en alguna otra composicion. El Nuevo Testamento, tan diferente del Antiguo por el lenguaje, participa, no obstante, como éste, de tan admirable originalidad.—Los mismos que no quieren creer en la autenticidad de la Biblia, creen, sin embargo, á pesar suyo, en cierta cosa

de ella misma. Deistas y ateos, grandes y pequeños, atraídos todos por no sé qué cosa desconocida, no dejan de hojear incesantemente la obra, que los unos admiran y los otros denigran. No hay en la vida una sola posicion para la cual no se pueda encontrar en la Biblia un versículo que parezca expresa y enteramente dictado al intento. Sería difícil persuadirnos de que todos los acontecimientos posibles, felices ó desgraciados, hubiesen sido previstos con todas sus consecuencias en un libro escrito por manos de los hombres; pero lo cierto es que en la Escritura se hallan:—el origen del mundo y el anuncio de su fin;—la base de todas las ciencias humanas;—todos los preceptos políticos, desde el gobierno del padre de familia hasta el despotismo; desde la edad pastoril hasta los siglos de corrupcion;—todos los preceptos morales aplicados á la prosperidad y al infortunio; á los más elevados rasgos y á las condiciones más humildes.—Finalmente, toda especie de estilos conocidos, los cuales, sin embargo de formar un solo cuerpo de cien trozos diversos, no tienen semejanza alguna con los estilos de los hombres.”

Por último, Donoso Cortés, en su elocuente y bellissimo *Discurso* sobre la Biblia, habla de este modo:

“Libro prodigioso aquel en que el género humano comenzó á leer, treinta y tres siglos ha, y con leer en él todos los días, todas las noches y todas las horas, aún no ha acabado su lectura. Libro prodigioso aquel en que se calcula todo ántes de haberse inventado la cien-

cia de los cálculos; en que sin estudios lingüísticos, se da noticia del origen de las lenguas; en que sin estudios astronómicos, se computan las revoluciones de los astros; en que sin documentos históricos, se cuenta la historia; en que sin estudios físicos se revelan las leyes del mundo. Libro prodigioso aquel que lo ve todo y que lo sabe todo; que sabe los pensamientos que se levantan del corazón del hombre, y los que están presentes en la mente de Dios; que ve lo que pasa en los abismos del mar y lo que sucede en los abismos de la tierra; que cuenta ó predice todas las catástrofes de las gentes, y en donde se encierran y atesoran todos los tesoros de la misericordia, todos los tesoros de la justicia y todos los tesoros de la venganza. Libro, en fin, que cuando los cielos se repliegan sobre sí mismos como un abanico gigantesco, y cuando la tierra padezca desmayos, y el sol recoja su luz y se apaguen las estrellas, permanecerá él solo con Dios, porque es su eterna palabra resonando eternamente en las alturas.”

VI

Hemos concluido la corta reseña que nos propusimos hacer de las grandiosas y sublimes bellezas de la Biblia: los párrafos de escritores distinguidos que hemos copiado, habrán sin duda suplido con ventaja á la palidez y pobreza de nuestras palabras.

Por lo demás, preciso es no olvidar que nunca deben recorrerse las páginas de este Libro

divino por mera curiosidad ni pasatiempo. La lectura de la Biblia debe hacerse con espíritu de profunda piedad, con el vivo deseo de instruirse en la enseñanza de la Religión, ya meditando en los sucesos que allí se refieren, ya templando nuestro espíritu al fuego de una convicción profunda y verdadera: de ese modo únicamente podrán cosecharse abundantes y preciosos frutos. Aparte de este saludable bien, sabido es que en las Santas Escrituras se hallan todos los deleites que á un hombre ilustrado y de buen gusto pueden proporcionarle las diferentes formas literarias. Tal vez no será aventurado decir que quien ha leído la Biblia no necesita leer más, pues en ella se contiene, en efecto, lo más exquisito, lo más delicado, lo más conmovedor que puede haber en literatura. ¿Qué poeta moderno será preferible á David y á Job? ¿Dónde están las escenas campestres, comparables siquiera por su inocente sencillez, á las que hallamos en los tiempos patriarcales?

Sabido es, por otra parte, que los poemas de los hombres han tomado siempre algo de aquel manantial fecundo y cristalino; y que muchos de ellos deben su grandeza y su inmortalidad precisamente á lo que tienen de la Biblia. “En él aprendió Petrarca—dice Valdegamas—á modular sus gemidos: en él vió Dante sus terríficas visiones: de aquella fragua encendida sacó el poeta de Sorrento los espléndidos resplandores de sus cantos. Sin él, Milton no hubiera sorprendido á la mujer en su primera flaqueza, al hombre en su primera culpa, á Luzbel en su primera conquista, á Dios en su primer ceño;

ni hubiera podido decir á las gentes la tragedia del paraíso, ni cantar con canto de dolor la mala ventura y triste hado del humano linaje."— Igualmente, es digno de citarse Racine, autor de *Atalia*, la mejor tragedia del repertorio francés y acaso una de las primeras del mundo. ¿Y qué se podrá decir del gran Bossuet, este apóstol siempre inspirado y sublime? Todas sus obras infunden cierta tristeza, cierto recogimiento de espíritu que conducen á la meditacion: hay en sus *Oraciones fúnebres* una unción religiosa tan marcada, que el alma cristiana se siente llena de inefables y dulcísimos consuelos. Y es que este insigne prelado bebió todas sus inspiraciones en la poesía bíblica: vivió con Dios en la soledad de su corazón, estudiando sin cesar el alma humana hasta en sus sentimientos más íntimos, hasta en sus arcanos más profundos y secretos: por eso sus palabras son majestuosas y elocuentes, graves sus conceptos, y elevados sus discursos, impregnados todos del espíritu evangélico y de una filosofía verdaderamente conmovedora.

Acudid, pues, á la Biblia; y al mismo tiempo que se regenerará vuestro espíritu, encontrareis inefables goces en la lectura de ese Libro por excelencia, eterno é imperecedero como el Dios que lo dictó.



PODER DEL CRISTIANISMO.

I

HAY en el hombre un sentimiento innato de amor hácia un sér superior y perfecto, que incesantemente le impulsa á tributarle ardientes y sinceras adoraciones. A él eleva los himnos de su gratitud cuando la felicidad baja á su pecho y el bienestar le rodea, y á él también acude con sus plegarias en demanda de consuelo cuando se siente agobiado por el infortunio. Adán, en el paraíso, gozando del inapreciable tesoro de una inocencia sin límites, obedecía á la necesidad de recoger su espíritu un momento para entonar hermosos cánticos de alabanza al Criador; y más tarde, cuando la perfidia del ángel de las tinieblas consiguió su primer triunfo, y nuestros primeros padres y sus descendientes comenzaron á experimentar extrañas angustias y dolores, aquel sentimiento se avivó rápidamente, hasta manifestarse en inocentes sacrificios de mansos y blancos corderos: así era como los hombres primitivos, ignorantes y sencillos, mostraban al Sér Supremo su gratitud y su amor. Sin embar-